

mos espirituales transferidos luego al alma social, si bien con pérdida de intensidad y de brio.

Y esta espiritualidad es la que debe historiarse, defenderse, intensificarse, preocupar a todos los educadores: desde el Maestro de Escuela al Catedrático de Universidad, sin olvidar a los Sociólogos y a los Filósofos. Es decir, que la actividad del espíritu y sus productos son lo primero para la cultura, la moralidad, las tendencias e ideales de la vida, para los más elevados intereses de la civilización. De esta actividad espiritual depende nuestra redención física y moral, intelectual y estética, individual y social, religiosa y política: humana, en suma. Este espiritualismo nos salvará, porque él derrumbará el materialismo rampón y de baja estofa, él librerá la vida de los hombres de una vieja y anacrónica preocupación que todo lo falsea: ¡el pesimismo!

Por el espiritualismo se llegará a una sola educación: «a la educación purificadora, que es aquella educación optimista que cree con firmeza en las virtualidades humanas y que aspira a fecundarlas». La *Estética*, Señoras y Señores, ofrece buenos ejemplos para ilustrar este problema y el *Arte* es lo mejor para cumplir esta misión que pudiéramos llamar pedagógica.

Así como no hay nada inmutable en Ciencia, el espíritu del arte es permanente. Sí, Señoras y Señores: no hay nada que represente el sentimiento estético de un pueblo en una época determinada, que no resulte permanente como agente de emoción estética o motivo de expresión artística en los tiempos sucesivos.

No cambia el espíritu del Arte, no; lo único que cambia es el concepto de la forma de expresar o representar la belleza: pero aún así, lo que era bello antiguamente podrá, según la moda, modificarse en diferente sentido, más como la belleza tiene sus leyes fundamentales que falta poco para que se hayan cristalizado, se impone el criterio, (del que la Biología nos convencerá), de cómo el progreso de las Bellas Artes y de las Nobles Letras está próximo a su fin.

Basta fijarse en las Bellas Artes para sentir la supremacía del espíritu, para darse cuenta de la permanencia de lo bello a través del tiempo y del espacio. Si buscamos históricamente el desarrollo del Arte, encontraremos que lleva una marcha ascensional y progresiva hasta que llega a un punto o límite, en el cual, por haberse agotado todos los procedimientos que es posible emplear en aquella manifestación estética, se estaciona y queda enclavada la rueda de su progreso. ¡No más allá!... Fijémonos, por ejemplo, en la Escultura y,

